

Por una literatura de humor. En torno a *La visión del Archiduque* de Eduardo Mendoza

JUAN JOSÉ DELGADO GELABERT

BND

1. LITERATURA “MENOR”

La visión del Archiduque se publicó en la página final del suplemento *EL PAÍS Olímpico*, de aparición diaria dentro del periódico *EL PAÍS*, entre los días 25 de julio y 11 de agosto de 1992 coincidiendo con la celebración de los Juegos Olímpicos en Barcelona. Consta de dieciocho entregas-capítulos y se acompañó con unos simpáticos dibujos del mismo Eduardo Mendoza —apareció también en dicho suplemento y en sendas dieciocho entregas la novela de Manuel Vázquez Montalbán *Sabotaje Olímpico*, luego número 17 de la serie Carvalho, colección negra que editorial Planeta dedica al detective gallego—. *La visión del Archiduque* aún no se ha publicado en formato libro como sí lo fueron las entregas de *Sin noticias de Gurb*, novela presentada de forma similar, en las páginas del citado rotativo, durante el mes de agosto de 1990, publicada por Seix-Barral en marzo de 1991.

La visión del Archiduque se incluye, dentro de la producción novelística de Eduardo Mendoza, en el grupo de las novelas de humor; novelas que aspiran, mediante el simple juego literario y lingüístico, a servir de divertimento tanto al lector como al autor y a éste también de probable ejercicio estilístico. Habitual en Mendoza, constituye la cuarta entrega al género junto a *Sin noticias de Gurb*, ya citada, *El misterio de la cripta embrujada* de 1979 y *El laberinto de las aceitunas* de 1982. Estas dos, que comparten protagonista-narrador de similares aventuras, aparecieron en el lapso de tiempo transcurrido entre la publicación de las hasta ahora las más celebradas novelas de Mendoza *La verdad sobre el caso Savolta* de 1975 y *La ciudad de los prodigios*

de 1986. Causa posible de la calificación de «literatura menor» que reciben las novelas de humor sea, en Mendoza, la comparación inevitable con estas otras novelas.

Está claro el gusto de Eduardo Mendoza por este tipo de literatura «menor», son ya cuatro las muestras ofrecidas, sin otra intención que la señalada de divertimento y ejercicio. En ellas el chiste –en ocasiones fácil– desempeña un destacado papel en el juego humorístico, pero en el humor nunca está exenta una segunda intención satírica, paródica y crítica, escondida bajo el inocente chiste, respecto a una situación social, política o cultural determinada, ¿es quizás este otro el interés intrínseco de este tipo de novelas?

El ejercicio de estilo le llevó a Mendoza en las dos primeras a parodiar el género policiaco o la «novela negra», haciendo, entre otras cosas, que el protagonista fuera un «loco» recluido en un manicomio el que debe resolver dos confusos casos a cambio de una prometida libertad; la crítica aprovecha la parodia al descubrir el protagonista los cambios acaecidos en la sociedad española, y más concreto en la catalana, durante el tiempo que lleva recluido en la sanitaria institución.

La parodia de la ciencia ficción se aprovecha para que el compañero de Gurb nos dé su visión extraterrestre sobre ciertos aspectos de la sociedad catalana en el momento preparatorio previo a los Juegos Olímpicos.

En *La visión del Archiduque* su protagonista nos da, a través de sus notas tomadas durante la Exposición Internacional de 1929, la visión de una serie de circunstancias que se darán, según dice el narrador, de forma similar a las de hoy en día durante las jornadas olímpicas de 1992.

2. SEMEJANZAS

Las cuatro novelas tienen algunas notables semejanzas que se deben destacar:

Una es la narración en primera persona por el protagonista de la acción, hecho que recuerda la picaresca, si bien en *La visión del Archiduque* hay otro narrador –luego coprotagonista del último capítulo–, que nos presenta un manuscrito hallado en Barcelona mientras investigaba la historia de la ciudad; a pesar de los visos de realidad que pueda llevar esta afirmación –Mendoza es investigador de ese periodo histórico, recordemos la ambientación de *La verdad sobre el caso Savolta*, de *La ciudad de los prodigios* o el libro *Barcelona Modernista*, escrito junto a su hermana Cristina, editado por Planeta en su colección de Ciudades en la Historia–, no hay nada real en ello y sí puro artificio literario que le permite alejarse de lo narrado para poder afirmar que no comparte todas las opiniones expresadas en las notas halladas.

Otra es el permanecer el protagonista en el anonimato, nunca hay una mención de su nombre. Si la narración en primera persona nos recordaba la picaresca, no sucede lo mismo con el hecho de que se oculte el nombre del protagonista, pues en la picaresca éste aparece, la mayor parte de las veces, ya en el título de la novela. Del «loco» protagonista de *El misterio de la cripta embrujada* y de *El laberinto de las aceitunas* nunca sabremos su nombre, en el capítulo VI de *El misterio de la cripta embrujada* empieza a tratar del tema para completar un capítulo que le ha quedado corto, pero lo soslaya argu-

mentando su escasa importancia, en ningún momento otro personaje se dirige a él por su nombre, incluso los que mantienen una relación más antigua, como es el caso de su hermana Cándida, del comisario Flores o del doctor Sugrañes, siempre recurren para nominarlo a una perífrasis, a un insulto o al pronombre *tú*; él nunca emplea su nombre, pues cada vez que se presenta a alguien utiliza un nombre propio cualquiera y el apellido Sugrañes, doctor y director del manicomio donde reside; uno de los delitos que se le imputará al final de *El misterio de la cripta embrujada* será el de suplantar la personalidad –las posibles relaciones entre este personaje y Nemesio Cabra Gómez, apuntadas en algún lugar, pienso son absurdas–. En *Sin noticias de Gurb*, el alienígena jefe de la expedición que manda a Gurb mezclarse entre la fauna autóctona, adoptando la forma de la terrestre Marta Sánchez para no llamar la atención, tampoco menciona su nombre. No deja de ser curioso que un autor que destaca precisamente por sus nombres con índole cómica y simbólica –«los nombres de mis personajes son muy importantes, un nombre tiene que decirnos algo de quien le lleva y, en ocasiones, me sirve como elemento humorístico», Eduardo Mendoza, *Cambio 16*, n.º 758, 9 de junio de 1986, p. 142– no nombre a ninguno de sus narradores-protagonistas, quizá sea una forma de dignificar al personaje con respecto a los demás que son en general los motivos de caricatura, crítica o burla más certera.

Una tercera semejanza es el espacio donde se sitúa la acción: siempre Barcelona y sus alrededores. Con la excepción de *La isla inaudita*, cuya acción se desarrolla en Venecia, todas las novelas de Mendoza desarrollan su espacio geográfico en Barcelona, *El año del diluvio* sucede en el imaginario «San Ubaldo de Bassora (provincia de Barcelona)».

Y una última semejanza es la capacidad de improvisación y de recursos que despliegan los héroes en cuestión –habría que exceptuar aquí, en parte, al buscador de Gurb, pues al ser un ente que sólo es «inteligencia pura» tiene bastante ventaja sobre los otros dos, por el hecho de poder materializarse en forma humana, fabricar dinero, etc.–, que les permite salir airoso de situaciones apuradas, aunque luego suelen padecer las consecuencias, bien al serles imputados como delitos, bien al serles descontado del sueldo todos los gastos contraídos en la labor de acompañante del Archiduque.

Los recursos cómicos son también similares, aunque sólo voy a ejemplificar algunos con *La visión del Archiduque*.

3. ARGUMENTO Y ESTRUCTURA

Parece oportuno dar argumento y estructura de esta novela de la que no se dispone de libro impreso.

Las dieciocho partes o capítulos corresponden a las dieciocho entregas en que aparecieron, cada una lleva un subtítulo. *La visión del Archiduque* se inicia con el artificio del doble narrador –ambos utilizan la primera persona–: investigando acerca de la historia de Barcelona el primer narrador halló este manuscrito áspero y torpe del que se limita a transcribirlo íntegro sin otras correcciones que las puramente ortográficas y sintácticas; el manuscrito lo componen las notas tomadas por un funcionario del Ayuntamiento de Barcelona durante los días que acompañó al Archiduque Florinal de Grutilandia en su visita a la ciudad con motivo de la Exposición Universal de

1929. Ya he señalado algo de la afición de Eduardo Mendoza por la historia de su ciudad natal referente a principio de siglo.

Las notas manuscritas son el relato escrito por el protagonista de los hechos, el mencionado funcionario del Ayuntamiento de Barcelona, del que no sabemos su nombre. La historia da comienzo cuando el marqués de P**, nombre oculto, le encarga recibir y acompañar al Archiduque y séquito durante su estancia en Barcelona, en el transcurso de la visita acaecen varios sucesos.

El transcurso temporal de la historia del funcionario dura cinco días, que no tienen igual tratamiento extensivo: el primer día se inicia mediado el capítulo 1 y se prolonga hasta el 4: encargada la misión, realiza los preparativos oportunos y acude al aeropuerto a recibir a su alteza, busca hospedaje para los ilustres visitantes y regresa al Ayuntamiento a cubrir su informe; el segundo día abarca del capítulo 5 hasta mediado el 7: se le reencarga la misión; los recoge del hotel y visitan la ciudad, en el descanso vuelve al Ayuntamiento, donde registra los cajones de Lolita Puig, y vuelve a su pensión; el tercer día es el más breve, le dedica sólo el resto del capítulo 7: visita a La Pedrera de Gaudí, tarde de toros y noche en el Liceo; el cuarto día, del 8 a mediado el 17: Visita a la Exposición Municipal en Monjuïc, en uno de los pabellones el Archiduque sufre un accidente eléctrico y lo ingresan en el Hospital Clínico, allí solicitan al protagonista su contribución para dar un heredero para Grutilandia, pero él antepone el amor –por Lolita Puig– al dinero y decide quedarse en Barcelona, luego, una vez recuperado del incidente, su alteza da cuenta de la visión que ha tenido; el quinto y último día ocupa el final del capítulo 17: despedida de sus altezas y de Lolita que ha aceptado ir a Grutilandia con Frigolín de Tigricia, consejero áulico del Archiduque; las notas quedan interrumpidas de manera brusca. El capítulo 18 «Clausura» lo retoma el primer narrador que da cuenta de las razones por que cree que la historia quedó interrumpida y de cómo han acabado sus vidas los personajes principales. Termina con la visión del anónimo funcionario que desde su asilo de ancianos ve por las pantallas del televisor desfilar entre los atletas de 1992 al Archiduque Florinal, que siempre «creyó que todas las ciudades tienen la oportunidad de ser felices durante unos días», diciéndole con un gesto: «Ay, sinvergüenza, qué suerte has tenido de poder ver una cosa así dos veces en tu vida» (cap.18).

4. LA SEGUNDA INTENCIÓN

He señalado cómo debajo del chiste se puede descubrir fácilmente la burla o la sátira, veamos algunos aspectos en *La visión del Archiduque*:

Actualísima es la referencia a los retrasos en los aviones: el vuelo en el que viene el Archiduque tiene prevista su llegada a las 11'15, aunque son las 11'30 cuando concluyen los preparativos del recibimiento, deciden ir a una tasca y hasta las 12'40 no llegan al aeropuerto del Prat, al llegar, nadie sabe nada de ese avión «porque aquella mañana sólo había aterrizado un avión correo procedente de Madrid, que tenía que haber llegado el viernes, pero que se había quedado sin combustible en Guadalajara y había tenido que hacer parte del trayecto en tren» (cap. 3).

La burla del personaje ilustre es en ocasiones explícita y encarnizada: los visitantes ilustres a quienes había que acompañar los días de la Exposición «perteneían a la realeza o eran Jefes de Estado, ...personas de la más alta alcurnia, acostumbradas, por consiguiente, a hacer el panoli dócilmente a cambio de su sustento» (cap. 2), «los grandes y poderosos, como ya lo son, no ven la necesidad de demostrarlo y suelen ser parcos en el dar y en el agradecer» (cap. 3), «nada apena tanto a los famosos como verse privados de pelmas y parásitos» (cap. 9).

La visión del patriotismo tosco y cerrado centra buena parte del capítulo 3: en el hecho de que el controlador aéreo del campo de aviación del Prat suponga que los franceses, «que son gente de mala piel», vayan a los Pirineos para derribar aviones metiendo varas y pértigas en las hélices, se aprecia una muestra de la visión popular que se tenía del país vecino y de buena parte de lo extranjero; así a su suegra el controlador aéreo le dice que se vaya a Francia «a ver si allí se la comía algún caníbal muerto de hambre». En la visión del gobierno y en la exaltación patriótica de las clases populares habría que incluir la defensa de Primo de Rivera que hace este mismo personaje: «como aquí no se vivía en ninguna parte, sobre todo desde que Primo de Rivera había metido en cintura a la prensa y los sindicatos».

Destacable es la sátira de la burocracia y del funcionariado –estado del protagonista–, la administración y el nombramiento de cargos públicos: el jefe de protocolo tenía como función casi exclusiva «limar asperezas entre el Ayuntamiento y la Diputación, el Gobierno Civil, el Gobierno Militar, la Diócesis, la Audiencia Territorial, las delegaciones de los ministerios y otras instituciones [...] y aún dentro de cada departamento, incluido el departamento de Protocolo» (cap. 1).

El trabajo ejercido por los funcionarios siempre está en el punto de mira de la crítica, el protagonista pensaba dedicar el día a arreglar una Harley Davidson: «Dado lo exiguo de mi sueldo, acostumbro a traerme al despacho encarguillos externos» (cap.1). También está en la picota el absentismo laboral de los funcionarios: los compañeros de Quimet, «un mozalbete pueblerino, tonto», lo dejaban siempre de guardia cuando iban a tomarse un café, «es decir, entre las diez y la una y media» (cap. 2). Y como siempre se encuentran funcionarios como Lolita Puig, de quien secretamente el protagonista está enamorado, «persona mal vista en la Casa, porque es una funcionaria competente» (cap. 2).

Es irónico cuando dice que «el trabajo de un funcionario municipal no termina nunca», es a la hora de presentar el informe y «Como no estaba para perder el tiempo en bobadas, firmé unas hojas mecanografiadas que encontré en el despacho del negociado de limpieza y recogida de escombros y se lo di a un ordenanza para que éste a su vez le diera el oportuno traslado, en la certeza de que las hojas nunca llegarían a su destino y si por accidente llegaban, irían a parar a la papelería sin ser leídas» (cap. 4). Y así es, pues al día siguiente las primeras palabras del marqués de P** son «He leído su informe y estoy muy satisfecho de su proceder» (cap. 5). Los ejemplos, pues, son numerosos.

Dentro del funcionariado mención aparte merecen los altos cargos, representados en la novela por el marqués de P**, su nombramiento es una clara muestra del funcionamiento burocrático: «el consorcio encargado de prepa-

rar los festejos [...] decidió crear una comisión mixta [...]. Esta comisión nombró una Subcomisión, la cual designó un Comité y éste, a su vez, delegó todas sus facultades en el Ilmo. Sr. marqués de P**, a quien nadie volvió a ver el pelo desde el momento en que tomó posesión del cargo» (cap. 1). La visión que tiene el protagonista de su figura está próxima a la animalización: «había acabado convirtiéndose en un repulsivo cetáceo cuyos continuos resoplidos hacían ondear las banderas de la Casa Grande» (cap. 1). Como corresponde a un alto cargo, su trabajo es mayor, así no aparecía por el Ayuntamiento «más que el tiempo necesario para retirar sus cuantiosos emolumentos, ni un sólo día había dejado de organizar y presidir una comida o una cena o ambas cosas»; cuando el marqués de P** pregunta al protagonista qué cargo desempeña «yo le respondí que era su secretario particular desde hacía cuatro años. –Esto demuestra –observó él–, hasta qué punto he estado ocupado a todas horas» (cap. 1). Claro que el protagonista no le va a la zaga, por eso cuando le ofrecen un cargo en Grutilandia la Archiduquesa llega a decir: «Desde el momento en que le vi me di cuenta de que su absoluta mediocridad le capacitaba para el desempeño de los más altos cargos» (cap. 15).

Cuando Frigolín expone cómo logra Grutilandia el equilibrio económico es obligado que nos recuerde la corrupción: «Entonces se cierne sobre el país el fantasma del balance positivo [...] De inmediato el Gobierno ha de organizar tremendos festivales cuya falta absoluta de sentido justifique el máximo desembolso. Y, por añadidura, algunos patriotas, entre los que me honro incluirme, hemos de sacrificarnos absorbiendo el excedente e ingresándolo en nuestras cuentas numeradas...» (cap. 13). Sobran comentarios. Más explícito es el marqués de P** cuando le encarga al protagonista enseñar la ciudad, referirle las costumbres a fin de que el Archiduque se lleve una buena impresión «y si consigue venderle algo no olvide mi comisión» (cap. 5).

Y, en fin, de la burla no se salvan ni los símbolos más entrañables de la ciudad o de la cultura catalana. En el capítulo 7 los Archiduques visitan Barcelona y por supuesto hay que ver las obras de Gaudí «porque había oído decir que algunos turistas, quizá influidos por el consumo de licores de alta graduación, les encontraban cierto mérito», el comentario de Frigolín ante la textura de la piedra es «Ideal para rascarse el culo disimuladamente», y la noche en el Liceo, donde al entrar «los siseos del público nos obligaron a interrumpir nuestra charla. Poco después el mismo público nos rogó que siguiéramos hablando, porque, según dijeron, preferían oír nuestras voces a nuestros ronquidos». En el capítulo 13 Frigolín opina del pan con tomate «Querían untar el pan con tomate, pero yo se lo he impedido por parecerme una cosa bárbara y puerca».

5. ALGUNOS ASPECTOS DEL HUMORISMO MENDOCIANO EN *LA VISIÓN DEL ARCHIDUQUE*

Los nombres de los personajes. Ya he señalado arriba la importancia que tienen en el humorismo mendociano como caracterizadores del personaje que los lleva: lo más selecto de la sociedad es *la flor y nata*, el Archiduque se llama *Florinal de Grutilandia*, ‘tierra de grutas’. El consejero del Archiduque

es *Frigolín de Tigricia*, quizá aludiendo a su carácter frívolo y corrupto. *Isósceles Vermellós* es un nombre muy apropiado para el ingeniero del pabellón de la electricidad.

La caricatura de personajes. Algunos llegan a la esperpentización animalizadora como el marqués de P**»: «aquel maldito verraco [...] había tenido la noche anterior otra cena de gala y ahora chamuscaba los muebles con el aliento» (cap. 5).

La sorpresa. Principalísimo recurso para todo humorista por lo eficaz que resulta, más cuanto menos se espera y más aún si sigue a una «situación normal»: sabemos que no tiene ninguna orquesta para recibir al Archiduque y contrata los servicios de un mozo de cuerda aragonés que sabe unas jotas, lo que no esperamos es la letra de la jota en cuestión: «El aeroplano se acerca y el piloto exclama: «Zu Hilfe! Zu Hilfe!» A lo que el mozo de cuerda replicaba cantando:

Con ese par de meloneees
que Dios te ha puesto delanteeee...» (cap.3).

Sorpresa será contestar con una respuesta inesperada, absurda o descabellada, a una pregunta normal: «Al término de la entrevista, un corresponsal preguntó al Archiduque si conocía el idioma catalá y, en caso afirmativo, si podría pronunciar alguna frase en dicho idioma [...] –Mbayé, unga una tomaye. Hombre blanco ser gran cazador» (cap.6).

Sorpresa se produce cuando tras una larga exposición «normal» se concluye con un final inesperado: tras el parte que el médico da sobre el estado de salud del Archiduque añade: «si tienen alguna pregunta que hacer, pueden hacérmela, siempre que no sea de anatomía, porque llevo cuatro años con esta asignatura colgada» (cap.15).

La sorpresa se produce también por contraste, alguna vez añadiendo una nota sarcástica, soez o absurda, tras un pasaje lírico o enternecedor: de Lolita ,su amor secreto, dice que es «tan atractiva de aspecto que dan ganas de darle con un pisapapeles en toda la cara para ver si se vuelve normal» (cap. 2). Nos la describe tiernamente hablando de sus «manos blancas, delgadas y hacendosas», de sus «facciones delicadas» y piensa llamar a la puerta e invitarla a cenar. «Sin embargo, contuve este arrebató impulsivo, porque temí que bajo aquella apariencia enfermiza se ocultase una tragona que me obligase a dilapidar mis beneficios en un menú de dos platos, pan y postre» (cap. 4).

El recargamiento, la exageración, es también recurso eficaz; si se produce en una situación ya de por sí cómica se acentúa: como la del manco Quimet «que estaba tratando de encender un cigarrillo con los dedos de los pies, pero era poco diestro y sólo había conseguido pegar fuego a una cortina cuando yo entré» (cap. 2); una reverencia es tal que «peiné con los dientes el fleco de la alfombra» (cap. 8). En el capítulo 6 hay una escena especialmente recargada, si ya es grotesco que el protagonista, tras terminar el Archiduque con el desayuno, se abalance «sobre los restos del desayuno y empecé a deglutirlos ruidosamente» de tal manera que «no podía hablar sin expeler verdaderos meteoritos [...] sin dejar de rebañar la jícara de chocolate con la lengua», lo es más cuando Frigolín tiene que decirle «deje de succionar las migas de la alfombra».

6. VALORACIÓN FINAL

La visión del Archiduque no es un texto muy cuidado, escrito por encargo, quizás al hilo de los acontecimientos olímpicos, pero sus «errores» –como sucede tantas veces en el humorismo– cumplen con un objetivo cómico: por ejemplo, si se asegura que el manuscrito lo escribió el protagonista conforme acaecieron los hechos históricos y no luego, no puede saber que Fray ling-ling fue canonizado por Pío XII en 1944; puede considerarse una intromisión del primer narrador dentro de las notas manuscritas, si bien ha manifestado la intención contraria en el primer capítulo. A pesar de ello, *La visión del Archiduque* no desmerece en nada de cualquiera otra novela del género, por el contrario, enriquece el género «menor» de humor.

BND